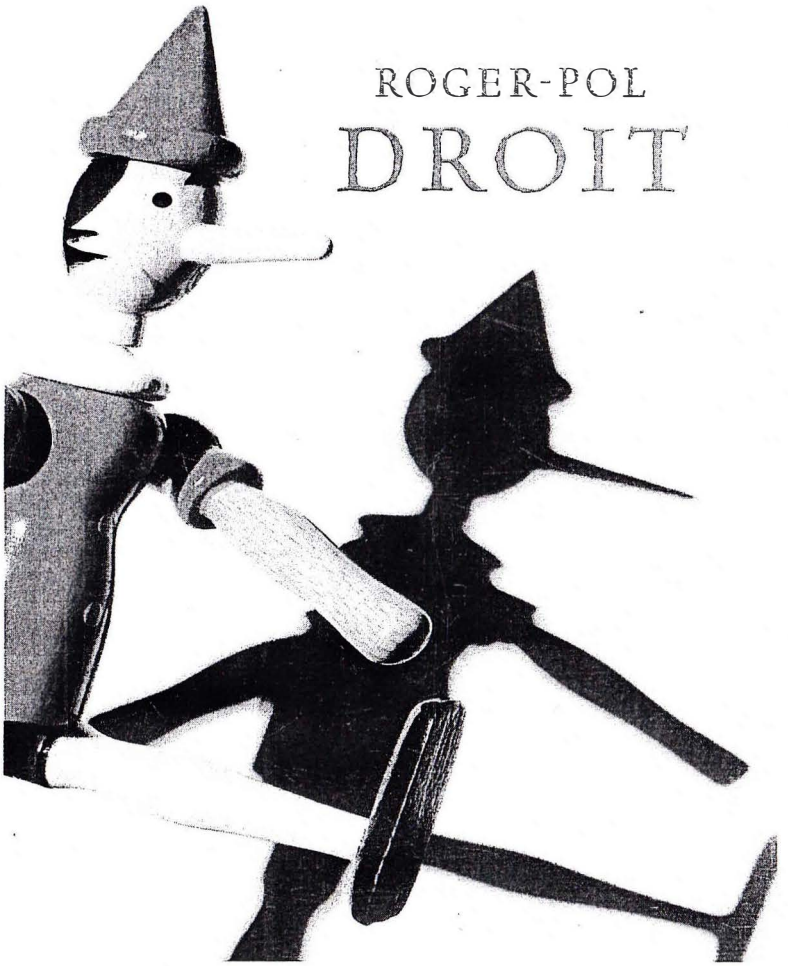
LA ÉTICA

EXPLICADA A TODO EL MUNDO

ROGER-POL DROIT



Etica y Ciudadanía 2011-01
Prof. Omar García

PAIDÓS CONTEXTOS

Últimos títulos publicados:

155. R. Corfield, *La vida de los planetas. Una historia natural del sistema solar*
156. J. M. Martínez Selva, *La gran mentira.En la mente de los fabuladores más famosos de la modernidad*
157. R. Funk, *Erich Fromm. Una escuela de vida*
158. A. Comte-Sponville, *Lucrecio. La miel y la absenta*
159. S. Pinker, *La paradoja sexual. De mujeres, hombres y la verdadera frontera del género*
164. M. Rampin, *La palabra justa. Más de cien aforismos de todas las épocas para alcanzar la sabiduría*
165. P. Zimbardo y J. Boyd, *La paradoja del tiempo. La nueva psicología del tiempo*
166. P. Veyne, *Foucault. Pensamiento y vida*
167. W. Marsalis y G. C. Ward, *Jazz. Cómo la música puede cambiar tu vida*
168. J. Butler, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*
169. A. Compte-Sponville, *Sobre el cuerpo. Apuntes para una filosofía de la fragilidad*
170. J. D. Caputo y G. Vattimo, *Después de la muerte de Dios. Conversaciones sobre religión, política y cultura*
171. J. C. Michaels, *Firebelly. Una fábula sobre la libertad*
172. C. Fourel (comp.), *André Gorz. Una fábula sobre la libertad*
173. R.-P. Droit, *Occidente explicado a todo el mundo*
174. B. Sherwood, *El club de los supervivientes. Los secretos y la ciencia que podrían salvar tu vida.*
175. Z. Bauman, *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*
176. A. Lowen, *La experiencia del placer. Vivencias corporales, creatividad y bioenergética para alcanzar una vida más plena*
178. Michel Pastoureau, *Azul. Historia de un color*
179. D. Gira, *El budismo explicado a mis hijas*
180. M. Conche, *Confesiones de un filósofo. Respuestas a André Comte-Sponville*
181. G. Anders, *El piloto de Hiroshima. Más allá de los límites de la conciencia. Correspondencia entre Claude Eatherly y Günter Anders.*
182. R. J. Sternberg y K. Sternberg, *La naturaleza del odio*
183. T. Eagleton, *Los extranjeros. Por una ética de la solidaridad*
184. S. Orbach, *La tiranía del culto al cuerpo*
185. J. Baggini, *¿Se creen que somos tontos? 100 formas de detectar las falacias de los políticos, los tertulianos y los medios de comunicación*
186. M. Motterlini, *Trampas mentales. Cómo defenderse de los engaños propios y ajenos*
187. G. Anders, *Nosotros, los hijos de Eichmann. Carta abierta a Klaus Eichmann*
188. R. P. Droit, *La ética explicada a todo el mundo*

UPC

ROGER-POL DROIT

LA ÉTICA EXPLICADA A TODO EL MUNDO

PAIDÓS
Barcelona • Buenos Aires • México

Título original: *L'éthique expliquée à tout le monde*
Publicado en lengua francesa por Éditions du Seuil

Traducción de María José Furió

Cubierta de Jaime Fernández

1.ª edición, septiembre 2010

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Éditions du Seuil, 2009
© 2010 de la traducción, María José Furió
© Espasa Libros, S.L.U., 2010
Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

Ediciones Paidós Ibérica es un sello editorial de Espasa Libros, S.L.U.
Av. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.paidos.com

ISBN: 978-84-493-2406-2
Depósito legal: M-29.491-2010

Impreso en Talleres Brosmac, S.L.
Pl. Ind. Arroyomolinos, 1, calle C, 31 – 28932 Móstoles (Madrid)

Impreso en España – Printed in Spain

Sumario

Introducción: De vuelta al principio 9

1. Las aventuras de una palabra 13
2. Un ámbito sin fronteras 23
3. Entre religiones y filosofías 41
4. Virtudes, deberes o consecuencias 51
5. El dilema al aplicar unos principios 67
6. Ejemplos de bioética 79

Conclusión: Entre mutación y renacimiento 91

No es posible ser justos si no somos humanos.

VAUVENARGUES, *Reflexiones y máximas,* 12

INTRODUCCIÓN

De vuelta al principio

En todas partes se habla de ética. Nunca se había utilizado con tanta profusión esta palabra como en la actualidad. Cada día la encontramos en un sinfín de discursos, impresa en todos los diarios y en incontables libros, la oímos en la radio, en la televisión, en la escuela, en la universidad.

Nuestra época se preocupa por la ética en muchos ámbitos: en los negocios y en la vida económica (donde la actual crisis ha revelado cuántas reglas son necesarias), en los deportes (donde el dopaje y los partidos amañados amenazan con destruir el concepto de «juego limpio»), en los medios de comunicación (donde la información suele estar sesgada o manipulada).

Y por añadidura, la medicina se ha convertido en un campo donde los debates éticos están

a la orden del día. Gracias a las nuevas técnicas, hoy son posibles situaciones que antes eran impensables. Situaciones que amenazan con cambiar radicalmente la existencia humana, así como los sistemas de parentesco y de filiación, y que nos obligan a preguntarnos qué conviene impulsar, autorizar o prohibir. Y en nombre de qué habría que hacer una cosa u otra. Estos interrogantes son los que han dado forma a lo largo de las últimas décadas a la bioética, un ámbito de reflexión que acoge debates filosóficos fundamentales: el sentido de la vida, los límites de nuestra intervención sobre la materia viva, o incluso la dignidad humana.

En la vida cotidiana, la ética está también omnipresente. Las agresiones verbales o físicas se multiplican, las explosiones de violencia y los actos incívicos van en aumento mientras pierden fuerza la disciplina y la autoridad. De ahí que cada vez sean más frecuentes los llamamientos al respeto a las personas, a la solidaridad, a la necesidad de defender unas normas colectivas para mantener la convivencia.

No obstante, por más omnipresente que esté la palabra «ética, no estamos seguros de tener claro su significado. ¿De qué hablamos en realidad cuando hablamos de ética? ¿De moral? ¿De principios generales o de decisiones particulares? ¿Hablamos de la aplicación de principios antiguos a situaciones nuevas, o de la creación

de nuevas normas? ¿Es la ética una especialidad sólo para expertos, o una reflexión que incumbe a todo el mundo?

Con la idea de ayudar a que todos puedan entenderlo, este libro propone volver al punto de partida. Eso significa recordar el origen de este interrogante llamado «ética», explicar cómo se formó la palabra, cómo ha evolucionado, exponer los principales enfoques que distinguen a las escuelas de pensamiento, sacar a la luz los estrechos vínculos, pero también las diferencias perceptibles entre las discusiones filosóficas antiguas y los debates actuales.

El objetivo es ofrecer una información accesible y clara, sin sacrificar la exactitud ni la pertinencia, sin volver a «inventar la rueda» ni recordar inútilmente lo evidente. Si hay que volver al punto de partida es para dilucidar mejor los aspectos claves de los debates éticos que hoy están sobre la mesa.

Si al acabar de leer este libro, el lector tiene las ideas claras, y mayor «profundidad de campo», podré decir que he alcanzado mi objetivo.

CAPÍTULO 1

Las aventuras de una palabra

—*Extraña palabra, ¡«ética»! ¿De dónde viene?*

Viene del griego *èthos*. Sin embargo, no creas que es fácil explicar qué significaba *èthos* para los griegos. Porque es imposible encontrar en nuestro vocabulario actual una única palabra que sirva para traducir este término. No es fácil ya que poseía varios significados y carecemos de un equivalente único, pues el esquema de ideas de la época era muy distinto del nuestro.

Èthos significaba, en primer lugar, el «hábitat», exactamente la manera cómo una especie animal «habitaba el mundo». ¿Cuál sería el *èthos* de los pájaros? Volar, cantar, picotear, construir nidos, poner huevos, trasladarse por el aire de una región o de un continente a otro. Hoy existe una disciplina científica llamada «etología», que estudia el comportamiento de los animales

en su medio natural. Esta disciplina difiere de la ética, aunque su nombre se ha formado a partir de la misma palabra, *èthos*.

Y la cosa no acaba ahí. Pues *èthos*, en griego antiguo, puede querer decir también el «carácter» de una persona, la forma en que ésta «habita el mundo» en función de sus disposiciones naturales. *Èthos* significa también las «costumbres», los modos de comportarse en una sociedad dada, en una época dada. Es decir, la manera que tienen los hombres de vivir, las costumbres que observan, el tipo de reglas que siguen, las leyes a las que se atienen.

Como ves, detrás de los diferentes usos que menciono de la palabra *èthos*, se repite el sentido general de «comportamiento». Y puedes constatar, además, que el esquema de significados no es el mismo que el nuestro. Porque nosotros no establecemos un nexo entre las leyes de una sociedad, el carácter de los individuos y la manera de ser de un animal. El término, en griego antiguo, abarca un ámbito diferente de lo que ha llegado a ser hoy, más vasto y diverso.

—¡Sí! ¡Eso no se parece nada al significado que le damos nosotros!

Y, sin embargo, aún tenemos que continuar el viaje para rastrear las aventuras que la palabra ha vivido hasta llegar a nosotros. Hasta aquí hemos hablado de *èthos*. Ahora hablaremos de

èthikè, de donde deriva directamente «ética». *Èthikè* es el adjetivo forjado a partir de *èthos* y que, literalmente, se traduce como «comportamental». El término ya aparece en boca del filósofo Aristóteles, el primero en forjar la expresión *èthikè théôria* (literalmente, «contemplación comportamental») para designar un saber «relativo a la manera de comportarse».

Ahí tenemos la primera de las posibles definiciones, y sin duda la mejor, de «ética» para los griegos: una forma de conocimiento relativa a los comportamientos. Pero, enseguida, uno se da cuenta de que existe una distinción importante entre dos actitudes, dos maneras, de considerar los comportamientos.

De un lado, podemos decir cómo se comporta la gente en tal región, tal pueblo o tal tribu. No nos pondremos a juzgar ni a averiguar si lo que hacen está bien o mal, si se portan peor o mejor que sus vecinos. Nos limitaremos a decir cómo se comportan.

—*¡Así resulta más objetivo!*

No estoy muy seguro de eso. En todo caso, es un método puramente descriptivo. Procedemos así, además, cuando observamos una especie animal. Nadie dirá que está «mal» que los peces respiren con branquias, o que los mamíferos hacen «bien» en respirar con los pulmones. Nos limitamos a describir sus distintas maneras de ser.

Sin embargo, al observar los comportamientos, es posible otra actitud. Consiste en buscar cómo comportarse de la mejor manera. Una actitud que intenta determinar cuáles son los «buenos» comportamientos, que buscaremos y trataremos de seguir, y cuáles son los «malos», aquellos que conviene evitar, descartar o combatir. Ahí se planteará la cuestión de los juicios normativos, que señalan qué está bien y qué mal. Y entonces es preciso averiguar desde qué punto de vista son mejores estos comportamientos y no aquéllos. Se trata, por lo tanto, de emitir juicios morales sobre los comportamientos; de discernir aquellos que son portadores de valores positivos y aquellos otros que, por el contrario, son inmorales o antimorales, que entrañan peligros o valores destructivos.

—*Estás hablando de juicios morales, del bien y del mal, de valores, etc. ¿La ética, en definitiva, equivale a la moral?*

¡Cuántos debates ha provocado esta pregunta! El problema es que da exactamente lo mismo responder: «Sí, es lo mismo» que: «No, es diferente».

—*Y ¿cómo se sale de ese callejón sin salida?*

Muy sencillo, se trata de dos términos parecidos y diferentes, pero a un nivel distinto.

Empecemos por el nivel donde se confunden. Acabamos de decir que los griegos de la Anti-

güedad utilizaban la palabra «ética» para designar todo lo relativo a los comportamientos de una colectividad o de un individuo, lo relativo a las costumbres, buenas o malas, a los seres humanos en un momento dado. Los romanos, luego, hicieron lo mismo en su lengua, el latín. Para traducir *èthikè* al latín, Cicerón tomó primero el equivalente latino de *èthos*, es decir, *mos*, «costumbres», que en plural es *mores*. Para expresar «lo relativo a las costumbres», inventó el término *moralia*, esto es, los «datos morales», término construido sobre el mismo modelo que *èthikè*.

Así, «moral» dice en latín exactamente lo mismo que *èthikè* en griego. Son dos palabras muy similares, a pesar de que están forjadas a partir de raíces distintas.

«Moral» es precisamente la traducción, en latín clásico, de lo que los griegos llamaban «ética». A partir de estos fundamentos idénticos, se conformaron una serie de ámbitos parecidos: «ética» y «moral» se preocupan indistintamente de los valores, y primordialmente del bien y del mal; una y otra reflexionan idénticamente sobre los fundamentos de dichas distinciones, y se plantean también cómo reconocer y cómo aplicar las reglas fundamentales. Estos pasos se producen en paralelo, en griego o en latín.

—*Entonces, ¿dónde está la diferencia?*

—Aún hoy algunos pensadores afirman que,

de hecho, no existe una verdadera diferencia entre ética y moral. Yo creo que es verdad que no hay un corte radical entre ambas nociones. Pero sí se ha ido estableciendo una distinción progresiva en el uso que se da a estos dos términos.

En la época moderna, con frecuencia se consideraba que el término «moral» podía quedar reservado para el tipo de normas y de valores heredados del pasado y de la tradición, o bien de la religión.

«Moral» se ha especializado en mayor o menor grado con el significado de «lo transmitido», como un código de comportamientos y de juicios ya construido y más o menos establecido. En este sentido, aceptamos o rechazamos la moral de nuestra familia y de nuestro medio social, seguimos o no los preceptos que la caracterizan, o bien los transgredimos. La moral parece constituir un conjunto fijo y acabado de normas y de reglas.

Hoy, por el contrario, el término «ética» se emplea sobre todo en aquellos ámbitos donde las normas y las reglas de comportamiento están por construir, por inventar, por forjar mediante una reflexión, en general de tipo colectivo. Por ejemplo, los avances técnicos en medicina han creado en nuestra época situaciones completamente desconocidas para las generaciones precedentes. Hoy día resulta posible practicar fecundaciones *in vitro*, o conseguir que una mujer, durante su período de gestación, geste un niño para otra —es lo

que llamamos una «madre sustituta» o «madre portadora»— y se lo entregue al nacimiento.

Ante este conjunto de situaciones inéditas, nos preguntamos si hay que autorizar o prohibir tales prácticas, si son buenas o malas, y en qué casos, para qué personas y en qué condiciones. Entonces hay que elaborar unas reglas, darles forma, tomar en cuenta varios puntos de vista y, finalmente, dar con un compromiso. Así se entiende el trabajo de la ética en el mundo contemporáneo.

En resumen, si queremos distinguir ambos términos, «moral» se referiría a las normas heredadas, y «ética» a las normas en construcción. «Moral» designará principalmente los valores existentes y transmitidos, y «ética» el trabajo de elaboración o de ajuste que exigen los cambios que se están produciendo en la actualidad.

—¿Es ésa la única diferencia?

No, claro que no. A esta distinción habría que añadir el hecho de que, en los últimos tiempos, la palabra «moral» a menudo equivalía a «sermón moralista». Suponemos entonces que la «moral», por fuerza, se refiere a un tipo de discurso aburrido, represivo, superado, a la vez penoso e inútil porque ni nos ayuda ni nos dice nada. «Moral» parece haberse convertido en un término pesado, duro, que evoca reprimendas y límites, prohibiciones, preceptos que parecen rígidos y obsoletos. En consecuencia, preferimos dejarla de lado.

Y por ese motivo he decidido volver al término antiguo, que, paradójicamente, parecía más nuevo. Hemos empezado por hablar de «ética» en lugar de hablar de «moral». Preveíamos tu respuesta: «No me sueltes un rollo moral, es aburrido. Pero, bueno, háblame de ética, parece más interesante». En realidad, no sería más que un juego de manos, un cambio de palabras y no de puntos de vista; si es que admitimos que ambos términos designan el mismo tipo de reflexión.

—En tu opinión, ¿hay alguna diferencia entre estos dos términos?

Durante mucho tiempo no hubo prácticamente ninguna. Luego, como ya he dicho, el término «ética» en épocas recientes ha sido utilizado para hablar de lo que está pendiente de elaboración en el terreno moral. La ética es el nombre que recibe la moral que se está forjando, mientras la buscamos, en particular la que se ocupa de temas nuevos que suscitan preocupación. Esos casos nuevos no están reservados al terreno de la medicina, al que ya me he referido. El matrimonio homosexual, la protección de los menores en Internet, la libre difusión de la pornografía, la legalización de las drogas blandas, y muchos otros temas de nuestra sociedad, no suscitan la unanimidad en la opinión pública. La discusión, por lo tanto, sigue abierta y las opiniones están divididas.

Pero conviene tomar conciencia de una cosa: todos estos debates, a los que se van sumando otros nuevos, y que seguirán multiplicándose en el futuro, están relacionados con el hecho de que nuestra época ha dejado de vivir bajo la influencia de una moral dominante capaz de regirlo todo. Al contrario, a menudo lo que domina son las dudas sobre las reglas que hay que seguir, la perplejidad ante los principios que convendría aplicar.

—*¿Adónde quieres ir a parar?*

Imagínate una sociedad enteramente dominada por una religión y que sólo tenga autoridad para proclamar qué hay que hacer. Su tradición dicta qué comportamientos y qué valores hay que seguir. En tal caso, prácticamente no hay lugar para la reflexión. Es cierto que podemos preguntarnos cómo aplicar tal o cual regla en un caso peliagudo, pero, en conjunto, bastará con seguir las reglas: la solución existe, independientemente de cualquier reflexión. La verdad ya está dada, ya está fijada, ya es conocida. No hay que elaborarla ni construirla.

No ocurre así en las sociedades contemporáneas desarrolladas. Las evidencias morales son menos obvias, pues siempre hay varias maneras de enfocar las cuestiones morales. No hay respuestas únicas. Vivimos en un mundo plural en cuanto a criterios de moralidad, con una especie

de policentrismo o de estructura en archipiélago, que ha supuesto una explosión de valores, y de maneras de apreciar qué está bien y qué está mal.

Dada esta pluralidad de morales, la reflexión ética como búsqueda, como indagación, necesariamente ha de ser más activa. E incluso se vuelve indispensable en la medida en que, en una sociedad en vías de globalización, hay que elaborar formas de coexistencia de distintos sistemas de valores que en otros tiempos no se conocían y que muy ocasionalmente tenían la oportunidad de oponerse en la vida diaria. No vivimos bajo el imperio de una moral única capaz de dominarlo todo y de controlarlo todo. De ahora en adelante, nos vamos a encontrar frente a puntos de vista diversos, diversos criterios. El desafío actual consiste en hacer que converjan, en intentar equilibrarlos, en proponer soluciones que puedan suscitar un consenso o, en todo caso, un acuerdo aceptable para todos. En este sentido, podríamos decir que la nueva tarea de la ética consiste, de algún modo, en organizar la vida común de las diferentes morales.

—*Para conseguirlo, habrá que conocerlas, imagino.*

Por supuesto. En todo caso, al menos es necesario haber comprendido las principales actitudes que se registran en nuestras sociedades. Y para ello, todavía nos queda un trecho por delante.

CAPÍTULO 2

Un ámbito sin fronteras

—*En definitiva, ¿de qué se ocupa la ética?*

¡De nuestras acciones! De nuestras ocupaciones de cada día, pero también de las grandes decisiones que tomamos en momentos determinados de nuestra vida. Pero esta respuesta no está completa, pues también es preciso especificar de qué modo concreto la ética considera nuestros hechos y nuestros gestos más diversos. Porque hay numerosas maneras de examinar nuestro comportamiento... Por ejemplo, desde el punto de vista de la energía muscular empleada (leer esta página quema menos calorías que subir cinco plantas por la escalera), o bien desde el punto de vista de las motivaciones psicológicas (sentirse más atraído por la lectura que por el esfuerzo físico, o a la inversa), o también desde el punto de vista del rendimiento

económico (entregar un paquete en el quinto piso puede proporcionar alguno, leer este capítulo es seguramente enriquecedor, pero en otro sentido).

¿Cuál es, entonces, el enfoque particular desde el que la ética aborda nuestros comportamientos? Para encontrar una respuesta, conviene recordar que nunca dejamos de preguntarnos «cómo he de actuar». Porque no somos máquinas, no somos robots programados para ejecutar una tarea sin reflexionar previamente. Al contrario, a lo largo del día, y a lo largo de toda nuestra vida, tomamos decisiones. Asumimos responsabilidades, hasta en las cosas más simples que hacemos.

De niños, nos preguntamos si es mejor desobedecer las órdenes que nos dan. Podemos decidir si hay que delatar al niño que ha hecho una travesura y ha provocado un desastre. De adolescentes, nos preguntamos si hay que guardar los secretos de nuestros mejores amigos o si, en situaciones concretas, es preferible revelarlos. De adultos, se nos presentarán miles de ocasiones de cuestionarnos si es bueno o malo decir esta o aquella verdad a nuestros hijos, a nuestros padres, allegados, amigos o colegas. De ancianos, podremos preguntarnos si debemos esperar a que llegue la muerte, sin importar qué enfermedades padecemos y qué sufrimiento nos causan, o si es posible elegir el día y la hora de nuestro adiós definitivo.

Y éstos son sólo algunos ejemplos. En realidad, nunca dejamos de preguntarnos cómo actuar «de la mejor manera». Esto nos permite ofrecer una nueva respuesta, también muy simple, a tu pregunta: la ética es ante todo el conjunto de reflexiones derivadas de estas dos cuestiones: «¿Qué debo hacer? ¿Cómo debo actuar?».

—¿Significa eso que siempre queremos hacer lo mejor?

De hecho, sí. Pero lo que complica las cosas es que ese «mejor» no es necesariamente lo mismo para todos nosotros. No siempre es lo que la mayoría de la gente considera que está «bien». Imagínate que alguien se pregunta: «¿Qué podría hacer yo para comportarme de la peor manera?». No es una hipótesis imposible. Por ejemplo, esa pregunta se la podría hacer alguien que busca venganza, impulsado por el odio o por la intención de hacer daño. Es obvio, en este caso, que, al hacernos esta pregunta pensamos en realidad que ese «peor» será... ¡lo mejor! Lo mejor será «lo peor que puedo hacer». De manera que, incluso en este caso siempre queremos hacerlo «bien».

Sócrates, el filósofo que vivió en Atenas en el siglo V antes de nuestra era, fue el primero en subrayar esta paradoja: también el ladrón, el criminal y el dictador quieren el bien. Lo que ocu-

rre es que ellos se equivocan de bien. Por lo tanto, según Sócrates, no existe una voluntad enteramente negativa: no podemos querer el mal por el mal. *Parece* que se elige el mal, pero en realidad se quiere el bien. El problema es que se confunden, se equivocan de bien.

—*De todos modos, parece algo curioso...*

A primera vista, sin duda. Lo que por ahora debemos recordar es que, detrás de nuestras decisiones cotidianas, por banales que puedan parecer, surgen muchas preguntas. Como telón de fondo, nos planteamos muchas reflexiones que resultan necesarias para saber cómo debemos actuar.

Ya se trate de elecciones simples o de decisiones fundamentales, sobre todo sentimentales o políticas, de tomas de posición individuales o colectivas —en asociaciones, empresas, o en instituciones—, cada vez resulta más pertinente este interrogante ético. Además, el campo de la ética no termina ahí; es mucho más vasto, ya que la ética concierne también a las decisiones de la vida internacional, como son la guerra y la paz, o la lucha contra las desigualdades entre los países del mundo.

Podemos incluso ampliar la lista, dado que existe, además, una dimensión ética en las acciones destinadas al mantenimiento de los equilibrios naturales, como la preservación de las

condiciones de vida de las futuras generaciones o remediar los estragos contra el planeta. Como ves, el ámbito de los interrogantes éticos no tiene fronteras. Lo encontramos por todas partes, en todos los sectores de las actividades humanas, individuales o colectivas.

—*Entonces, en todos estos ámbitos la ética debería proporcionarnos respuestas para actuar, ¿no? ¿Debe decirnos cómo hemos de actuar?*

No exactamente. Es, a la vez, más sencillo y más sutil. Porque no se trata simplemente de saber qué debemos decidir dentro de quince minutos, en función de la situación concreta en que nos encontremos. Se trata también de saber *en nombre de qué* vamos a tomar una decisión en lugar de otra, cuáles son los valores que vamos a tener en cuenta, y qué criterios rigen nuestra decisión. La cuestión fundamental no es qué decisión vamos a tomar, sino entender *en función de qué* asumimos o rechazamos una solución entre dos —o entre cuatro, cinco o diez— posibilidades que se presentan.

Dicho de otro modo, la ética no es una actividad práctica donde basta con aplicar unas reglas de manera mecánica. También es preciso que reflexionemos sobre lo que *justifica* esas reglas, sobre qué se *basan* las alternativas que se nos ofrecen antes de tomar una decisión, sobre el punto de partida que adoptamos, los méto-

dos que queremos poner en práctica, los resultados que queremos obtener... ¡y las razones que justifican todo eso!

—*Sin embargo, muchas veces tomamos decisiones sin pararnos a pensar. ¿Significa eso que, cuando actuamos de inmediato, espontáneamente, lo hacemos al margen de la ética?*

No, no necesariamente. En realidad, cuando actuamos sin detenernos a pensar, cuando decidimos rápidamente, sin devanarnos los sesos, también estamos ofreciendo un modelo de conducta a los demás. Incluso sin pensar, incluso sin quererlo, estamos construyendo una ética.

—*¿Podrías explicar eso?*

Si yo decido actuar de una determinada manera en vez de otra, es porque considero mi manera de actuar la mejor, o la menos mala. Hago lo que creo que hay que hacer. Eso sigue siendo cierto incluso cuando tengo la impresión de actuar «sin pensar», maquinalmente. Incluso si no me hago demasiadas preguntas, estoy proponiendo a los otros, por el mero hecho de actuar así, una especie de modelo.

Esta idea fue defendida, sobre todo, por el filósofo francés Jean-Paul Sartre, que murió en 1980. «Al elegirme, elijo al hombre», afirmó. ¿Qué significa esta sentencia? Imagínate que alguien hace trampas en el juego (evidentemen-

te, no seremos ni tú ni yo). La persona que hace trampas seguro que se dice algo como: «Sé bien que esto no se hace, que no hay que hacer trampas, porque falsea el resultado del juego. Pero, por una vez, yo, a solas con mi conciencia, he decidido hacerlo. Es una decisión que me concierne sólo a mí». Sartre le habría respondido esto, poco más o menos: «Cuando haces trampas, estás diciendo "hay que hacer trampas": sugieres que eso está bien, y que todos debemos hacer trampas. Con tu pequeño fraude personal estás ofreciendo un modelo. En ese sentido, tú eliges que el hombre sea un tramposo. Eso es lo que ofreces como modelo a la humanidad. ¿Dices que no afecta a los otros? Eso es una película china que te cuentas a ti mismo para eludir tu responsabilidad».

—*Entonces, si lo he entendido bien, cuando hago algo que en apariencia sólo me concierne a mí, ¿en realidad estoy proponiendo un ejemplo a todo el mundo?*

Sí, lo has entendido perfectamente. Es eso lo que Sartre quería decir. En nuestras actuaciones, no actuamos para nosotros mismos nada más; nunca actuamos sólo por nuestra cuenta, también decidimos, indirectamente, para los demás, para todo el mundo. Esta idea se resume en esta frase: «Al elegirme (es decir, al tomar decisiones que parece que sólo conciernen a mi

caso concreto, a mi existencia personal), elijo al hombre (decido, en realidad, en último extremo, para la humanidad entera)».

—*¡Me parece bastante exagerado!*

Por supuesto, es un razonamiento extremo. Pero es una manera de explicar que nunca estamos completamente solos. Las elecciones que hacemos, aunque parezcan egoístas, afectan a los demás.

—*Sin embargo, si decido, por ejemplo, ocuparme sólo de mí, vivir en mi rincón sin preocuparme de los demás, ¡no puede decirse que esté ofreciendo ningún modelo!*

¡Piénsalo un poco más!

—*¿El qué?*

Lo que acabas de decir. Creo que estás confundido, sin darte cuenta. Estás diciendo, si no me equivoco, que quedándose en casa y viviendo de manera egoísta, sin compartir nada con nadie, no se está proponiendo un ejemplo a nadie, y por lo tanto, menos que nadie a la humanidad. ¿Es eso?

—*Sí, ¡me parece muy evidente!*

Bien, repito entonces: ¡piénsalo un poco más! Si eliges vivir así, es porque consideras que es mejor para ti. ¿De acuerdo?

—*Sí, claro.*

Al creerlo así, piensas que «cada uno tiene que vivir para sí mismo, ése es el secreto, ésa es la mejor manera de salir adelante».

—*Es lógico...*

Entonces, no es menos lógico llegar a la conclusión de que, al pensar eso, estás proponiendo como modelo para la humanidad la vida egoísta y el «sálvese quien pueda»... Y así hemos vuelto a la casilla de salida: puedes elegir ser egoísta, tanto como ser altruista, vivir para tus intereses nada más u ocuparte del prójimo. Pero cada vez, en realidad, lo que eliges también lo estás proponiendo a los demás.

—*¡Vale! ¡Ahora lo he entendido! Eso quiere decir que el héroe o el traidor, el bueno y el malo, están diciendo cada uno, a través de sus actos, «hay que ser un héroe», «hay que ser un traidor», etc.*

Efectivamente. Si actuamos de la manera que consideramos mejor (con independencia de cuál sea esa manera), estamos planteando una regla de conducta, estamos utilizando un criterio para decidir. El problema es que la mayoría de las veces no nos damos cuenta. Podríamos decir que la ética consiste en realizar el esfuerzo de deducir esas reglas y esos criterios. Es preguntarse cuáles son las reglas por las que nos regimos, y con qué criterios valoramos las actuaciones de otras personas.

Con esto, no hemos llegado al final del camino. Al contrario, nos encontramos en el punto de partida nada más. A partir de ahí surgen un montón de preguntas, del tipo ¿quién decide lo que está bien y lo que está mal? ¿En nombre de qué? ¿Las reglas que determinan nuestras acciones son transmitidas o son producto de una elaboración? ¿Las formuló un dios y se las hizo llegar un día a los hombres, de manera que basta con aplicarlas? ¿O, por el contrario, los hombres han ido forjando ellos mismos sus reglas de conducta, y han fabricado las nociones de bien y de mal?

¿Es la naturaleza la auténtica fuente de dichas nociones y, por lo tanto, la fuente de la ética? En el mundo, allá donde vayamos, encontramos puntos comunes en la sensibilidad de los seres humanos: a nadie le parece bien que los niños sean asesinados ante los ojos de sus madres; a todo el mundo le conmueve el sufrimiento ajeno, tanto más cuando es injusto, y todo el mundo se siente impulsado a socorrer a desconocidos que sufren algún tipo de desgracia. Es algo que podemos constatar, por ejemplo, cuando se produce una catástrofe natural, un terremoto, un *tsunami*, una inundación, una hambruna, una epidemia...

En estos casos, se organiza una cadena solidaria. Las personas que ofrecen su tiempo o su dinero para organizar la ayuda no conocen a las

víctimas. A veces, no saben nada del país donde ha ocurrido la catástrofe, pero se sienten impresionados por el sufrimiento de sus semejantes. Los filósofos han destacado ese «impulso del corazón» que lleva a los seres humanos a conmoverse espontáneamente por la desgracia ajena. Este sentimiento existe al margen de la reflexión, atraviesa todas las épocas y las culturas. Ya se le llame «amistad» (Aristóteles), «humanidad» (Cicerón), «piedad» (Rousseau, Schopenhauer) o «compasión», parece que se trata de un fenómeno natural y universal. Lo encontramos asimismo en China, donde el filósofo Mencio lo considera el punto de partida de la moral.

No importa cuántos años tenemos, ni si somos hombre o mujer, no importa nuestra religión, ni nuestro idioma, y tampoco nuestra época: son muchas las situaciones de emergencia en que todos los seres humanos estamos espontáneamente de acuerdo en calificar como «buenas» un determinado tipo de acciones. ¿Quiere eso decir que se trata de una realidad incontestable? ¿Es una apariencia? ¿Qué conclusiones hay que extraer de ello? Entre los problemas que la reflexión sobre la ética pone de relieve está el preguntarse si existen impulsos o sentimientos totalmente universales y si podemos extraer reglas válidas que lo sean realmente para todos y en todas partes.

—¿Y por qué no habrían de ser universales esas reglas?

Porque, al mismo tiempo, constatamos que existe una gran variedad de reglas éticas. Muchas de esas reglas difieren o cambian según las épocas, las civilizaciones, los grupos sociales, las creencias. Lo que es considerado «bueno» en un determinado lugar y en un determinado tiempo tal vez sea condenado en otro tiempo y en otro lugar. ¿Significa eso que todo es relativo? Algunos actos que en la actualidad a la mayoría de nosotros nos horrorizan, como el canibalismo o la pena de muerte, por poner ejemplos bastante distintos, se consideraban actos nobles, valerosos y dignos en otras épocas o en otras zonas del mundo.

Llevarse a los abuelitos, ya muy ancianos, de noche, en medio de una intensa nevada, lejos de cualquier vivienda o refugio y abandonarlos allí, es un comportamiento que juzgamos criminal, sin paliativos. En la sociedad tradicional de los esquimales era, al contrario, un gesto de piedad, de respeto, una acción moral que permitía al grupo sobrevivir al dejar de alimentar varias bocas inútiles.

Podríamos dar muchos ejemplos más. La conclusión ya la adivinas: las costumbres más opuestas han sido consideradas alguna vez legítimas. Todavía hoy, muchas veces basta con cambiar de país para que un mismo acto sea juzgado de manera diferente. Hoy en día coexiste todo y

su contrario. Lo que aquí es ético, allá no lo es y a la inversa. La verdad de ayer se ha revelado hoy como un error.

—¿Y entonces?

Si siempre fuese así, todo sería relativo. Las normas y las reglas dependerían únicamente del lugar y de la época en la que cada persona vive. Nos encontraríamos entonces en el caso exactamente inverso del anterior: no habría nada universal, todo dependería del momento o del lugar en que nos situásemos. En ese caso, deberíamos renunciar a buscar la verdad de la ética, ya que bastaría con informarnos sobre las costumbres del lugar en el que nos encontramos. Y también por definición, no serían ni mejores ni peores que cualquier otras.

—Sin embargo, se ve un denominador común, ¿no?

Podemos afirmar que existen algunas reglas generales. Por ejemplo, respetar la dignidad humana, no humillar o maltratar, son exigencias que consideramos inseparables de la ética. No obstante, siempre se podrá responder que son «nuestras» certezas, y «nuestras» maneras de ver, que proyectamos sobre la totalidad de la historia y de las culturas. Desde esta perspectiva, veremos entonces que determinados puntos clave de nuestros conceptos —como dignidad,

integridad física, respeto a la libertad individual— no existen necesariamente con esa forma en todas las sociedades.

—*Entonces, ¿no hay solución?*

Afortunadamente, no. Pero si buscamos un primer denominador común, simple y exacto, me parece posible encontrarlo. Éste es el que yo propongo: la ética es, en primer lugar, la preocupación por los demás. Porque la existencia de los otros, la presencia de los otros, las múltiples relaciones entre ellos y yo, constituyen el punto de partida más universal de todas las formas de ética.

A la inversa, imaginemos que los otros no existen. Si yo estuviese, o tú estuvieses, completamente solo en el mundo, prácticamente no se plantearían más problemas éticos. ¿Qué podría significar actuar bien o mal hacia ti mismo si estuvieses solo? Si ése fuera el caso, te preguntarías qué puede hacerte daño o bien, qué es positivo o negativo para tu salud o para tu supervivencia. Pero, al margen de estas cuestiones elementales, no tendrías verdaderos problemas éticos, ya que éstos existen solamente en función de nuestras relaciones con los demás.

Ése es el punto principal que debemos tener presente. Cuando alguien pregunta: «¿Qué acciones son las mejores?», o bien: «¿Qué principios nos permiten discernir las mejores accio-

nes?», estas preguntas siempre se refieren a las relaciones entre «nosotros y los demás», y entre «los demás y nosotros». La ética es, en primer lugar, la preocupación por el prójimo, el interés que nos suscita su existencia, su presencia, sus expectativas, sus deseos, su dignidad y su libertad.

—*Es algo así como «ama a tu prójimo como a ti mismo», ¿no?*

No exactamente. Esta máxima cristiana supone una especie de heroísmo sublime. No es necesariamente lo que la ética exige. Llegar a amar a todos los seres humanos como a uno mismo es un objetivo muy difícil de conseguir. La ética es más modesta y más accesible, y dice aproximadamente: «Piensa que los otros están ahí. Empieza por no hacerles lo que no te gustaría que te hiciesen a ti». Antes de amar, antes incluso de ayudar, se trata de no perjudicar, de no hacer daño.

«No hacer a los otros lo que no nos gustaría que nos hiciesen» es lo que se llama La Regla de Oro. La encontramos, bajo una forma u otra, en prácticamente todas las culturas. En el fondo, se basa en el respeto a los demás. El núcleo de la reflexión ética tiene que ver con que los seres humanos son múltiples, y que se relacionan entre ellos de maneras muy distintas. En última instancia, se trata de elaborar las reglas que ayuden a vivir mejor.

—*Y una vez tenemos esas reglas, ¿ya está?*

No es tan sencillo. Primero porque esas reglas pueden ser distintas de una cultura a otra, como acabamos de ver. Pero también porque pueden darse conflictos entre diferentes reglas, según las circunstancias. Imaginemos a un jugador de póquer. Está convencido de que no hay que hacer trampas, es una regla que considera indiscutible, un deber fundamental. Pero su hijo cae gravemente enfermo, y él no tiene dinero suficiente para que lo operen de urgencia. Salvar la vida de su hijo es también su deber, ésa es otra regla fundamental. Por lo tanto, deberá elegir entre dos formas de deber, entre dos reglas que entran en conflicto. En realidad, la mayoría de los «casos de conciencia» surgen de un conflicto entre reglas éticas.

Creo que eso empieza a responder a tu pregunta. Porque el problema de la reflexión y de las decisiones éticas es que, aunque tengamos reglas generales, nos enfrentamos a casos particulares. Y por eso hay que distinguir entre la «ética general» y eso «ética aplicada». La primera reflexiona sobre los principios, las normas, los valores, sin entrar en el detalle de las situaciones ni de los casos concretos. La segunda se ocupa de adaptar las reglas generales a las situaciones individuales, siempre particulares.

La ética aplicada es siempre como un traje a medida. Hay que cortar, ajustar punto por pun-

to, comprobar que no hemos olvidado ningún aspecto de la situación, que hemos sopesado todos los elementos.

—Esto me recuerda a las decisiones que se toman en los tribunales...

Tienes toda la razón, es parecido. Por definición, ninguna ley prevé el caso de X, que robó una vespino anoche, en la esquina de la calle Y, en la ciudad Z. No existe ninguna ley para los robos de ciclomotores y para los niños de esta ciudad, todavía menos para esa vespino en concreto y ese chaval en concreto. Hay una ley que prevé determinadas sanciones en caso de robo. El trabajo del juez será adaptar el marco general que la ley proporciona al caso único que se está juzgando.

Aristóteles, el filósofo griego, ya lo sabía. Afirmó que todos los jueces tienen que utilizar la misma regla que los arquitectos. Hay que saber que la regla que los arquitectos griegos utilizaban para tomar medidas no era rígida como lo es una regla de madera. Era una plomada, es decir, era flexible, capaz de adaptarse a formas distintas; por ejemplo, para medir la curva de un pórtico o los relieves de una columna. Igual que el arquitecto, el juez tiene que interpretar la ley para el caso concreto que se le presenta.

La ética adopta el mismo modelo. También en este caso tenemos unas reglas generales y unos

casos particulares. La adaptación se lleva a cabo mediante la reflexión y la discusión, a menudo entre titubeos y vacilaciones. Porque, en la ética aplicada, nunca hay una solución lista y definitiva. Es preciso inventar, probar, retocar. Por último, dicho en el mejor sentido de la palabra, la ética aplicada viene a ser como el bricolaje.

—*¿Cón qué materiales se hace ese bricolaje? ¿Con qué herramientas?*

—Bueno, ahora mismo lo vamos a ver...

CAPÍTULO 3

Entre religiones y filosofías

—¿Dónde podemos encontrar las grandes actitudes éticas? ¿En las religiones del mundo? ¿En la obra de los filósofos?

En ambas. Primero tenemos que entender los puntos en común y las diferencias entre la moral religiosa y la moral laica, entre la ética de la religión y la ética de la filosofía. Se trata, en definitiva, de saber siempre, de decir, cómo podemos hacer mejor el mundo, de definir con qué criterios juzgamos los actos de los seres humanos. No obstante, aunque las preguntas siguen siendo casi las mismas en todos estos ámbitos, las respuestas son muchas, y muy diferentes.

En realidad, son tantas y tan dispares que no podemos mencionarlas todas...

—Entonces, ¿qué hacemos?

En primer lugar, hay que ver cómo se reparten en grupos. Lo importante es comprender las grandes posturas que organizan todas esas respuestas. Si llegamos a distinguir tres o cuatro esquemas fundamentales, nos sería muy útil, porque nos permitirían ver claro.

—¿Podemos buscar, sencillamente, de dónde viene la ética?

Es un buen punto de partida. Pero esta pregunta contiene otras. Puede querer decir: «¿Cuál es el origen de los valores morales que intentamos seguir?», o bien: «¿Cómo sabemos lo que debemos hacer? ¿Cómo conocemos lo que llamamos "bien" y "mal"?». O también: «¿Qué nos impulsa a preocuparnos de esa manera por nuestros comportamientos?». Estas distintas preguntas se solapan, aunque no son del todo idénticas y...

—¡Para! ¡Para! Si continúas, te vas a olvidar de lo que estamos buscando en primer lugar: «¿De dónde viene la ética?».

Entonces, te diré sencillamente que hay tres grandes respuestas a esta pregunta.

Una primera respuesta considera que los valores morales (como el bien, la justicia, la honestidad, la solidaridad, la gratitud, etc.) existen por sí mismos. No han sido creados por los

seres humanos. Independientemente de nuestra voluntad, esos valores existen en un mundo que les es propio, en una especie de universo paralelo.

Este concepto lo encontramos, evidentemente, en los puntos de vista religiosos. El bien, la justicia, constituyen verdades eternas que existen en el espíritu de Dios, y Dios se las transmite a los seres humanos. Es Dios, según los judíos, quien transmitió a Moisés, en el monte Sinaí, las Tablas de la Ley, los célebres Diez Mandamientos. Es Dios, según los cristianos, quien señaló a través de Cristo, que hablaba en su nombre, los preceptos de una misma moral eterna, basada en el amor y el perdón. Es Dios, según los musulmanes, el que las transmitió a Mahoma, quien recogió en el Corán las reglas de la moral y del comportamiento que los fieles de Alá deben observar.

En todos estos casos es Dios quien inventó las reglas morales, quien creó la ética tal como creó el mundo; y quien transmitió estas leyes a los seres humanos.

—*Imagino que entre los filósofos la cosa es distinta...*

Bueno, depende. Algunos filósofos, aunque no creen realmente en el dios único, eterno y omnipotente del monoteísmo en sus diferentes interpretaciones, sostienen que las ideas de la

ética no son invenciones del hombre. Platón, por ejemplo, el gran filósofo griego que vivió en el siglo V antes de nuestra era, desarrolló un concepto de este tipo. Según él, el bien existe en el mundo de las ideas, como el sol existe en el mundo físico: es la Idea suprema, que ilumina a todas las demás. Carece de relación directa con nuestras historias humanas. Sigue siendo idéntica en cualquier época, sociedad o idioma. Los seres humanos pueden dirigirse hacia esta realidad ideal a través del pensamiento, pero esta realidad no depende de sus juicios ni de sus acciones.

El pensamiento de Platón se inscribe dentro de la filosofía, pero, en cierto sentido, guarda similitudes con las religiones reveladas. No es idéntico, pero se acerca. En ambos casos, el núcleo duro de la ética, por así decirlo, no ha sido forjado por la imaginación humana ni ha sido creado por los reglamentos culturales.

Como ves, la frontera no está entre las religiones de un lado y las filosofías del otro. En realidad, la primera respuesta a la pregunta «¿de dónde viene la ética?» consiste en decir: «no procede de los seres humanos». Ya se trate de religión o de filosofía, los valores de la ética, desde esta perspectiva, son realidades que existen por sí mismas, en su propio mundo. Con Platón, es el mundo de las Ideas. Con las religiones, es el espíritu de Dios. Pero, en todos los

casos, no se atribuye a los seres humanos la autoría de las leyes morales. Alcanzamos esas verdades eternas por medio de la razón, o bien nos son transmitidas por Dios, a través de un enviado o de un profeta.

—¿Y si no se quiere recurrir a Dios ni al mundo de las Ideas?

Bueno, ¡entonces nos encontramos en otra perspectiva! Es otra actitud, una manera de ver distinta. Al contrario de la anterior, esta segunda respuesta consiste en decir que los valores morales no residen en una realidad diferente de la nuestra. No se encuentran en algún tipo de trasmundo, en un nivel superior, ni en una especie de espacio celestial, sino que forman parte de la realidad terrestre: los valores morales habitan nuestro mundo. Estos valores proceden de las realidades naturales y de las realidades humanas, y no necesariamente de un orden divino.

Encontramos una buena ilustración de esta actitud en la idea que afirma que la ética procede de la naturaleza. El filósofo Jean-Jacques Rousseau, en el siglo XVIII, se dedicó a desarrollar especialmente este tema. Según Rousseau, los principios de la moral nos hablan espontáneamente desde nuestro corazón, desde nuestra sensibilidad. La «voz de la conciencia», que nos muestra el bien y el mal, que nos hace sentirnos orgullo-

sos o avergonzados de nuestros actos, es la voz de la propia naturaleza. Desde este punto de vista, para conocer lo que está bien y lo que está mal, no necesitamos reflexionar largo rato, no hacemos deducciones complicadas, ni asistimos a ningún curso de ética. Es algo que sentimos espontáneamente. Gracias a un impulso natural.

El principal resorte de la ética natural es la piedad. Rousseau no ha sido el único filósofo que ha hablado de piedad. Encontramos la misma idea en China. Allí, el filósofo Mencio, al principio de nuestra era, ya consideraba la piedad como el punto de partida de la moral. Para que se comprenda este sentimiento espontáneo, Mencio pone el famoso ejemplo de un niño que está a punto de caer dentro de un pozo. Al ver a ese niño en peligro de morir por la caída, cualquier viandante correría para intentar salvarlo. Y nadie se pregunta, antes de socorrerlo, quién es, quiénes son sus padres, ni dónde viven... Este tipo de preguntas acuden a nuestra mente después. El gesto de socorrerlo surge inmediatamente, sin pensar, espontáneo. Es prácticamente instintivo y, por lo tanto, natural.

Encontramos la misma idea en otros pensadores, como Schopenhauer. En todos estos casos, la piedad muestra que la ética es un impulso natural. Lo cierto es que todos experimentamos frente a la desgracia ajena una emoción que nos impulsa a compartir este pesar, y a hacernos soli-

darios de ese sufrimiento. No hay nada premeditado. Es impulsivo, surge y nos posee. Nosotros no intervenimos para nada, es una reacción innata. Y esto ocurre, por lo tanto, sin que importe de qué país somos, ni qué educación hemos recibido, ni cuántos años tenemos... Esta emoción existe dentro de cada uno de nosotros.

—Sin embargo, se dice que hay gente que no tiene piedad...

No es que no sientan nada, es más bien que han tomado la costumbre de no prestar atención a lo que sienten. No carecen por completo de piedad, pero deciden ser indiferentes e insensibles. Rousseau decía que han sofocado en su corazón la voz de la naturaleza. Para conseguirlo, es preciso convencerse a través de un razonamiento como éste: «Esta desgracia les ocurre a otros, no a mí. En realidad, ¿por qué motivo tendría que conmoverme yo tanto? Por ninguno».

—Pero, en realidad, si la naturaleza es la que habla, ¡la ética no siempre ha sido un invento humano!

Tienes toda la razón. Esta segunda respuesta considera que las bases de la ética no están en el cielo sino en nosotros, en la tierra, en la naturaleza. Y es exacto que no son siempre los humanos los que hablan. Esta voz de la naturaleza dice siempre lo mismo, eternamente, aunque no

necesariamente sea sobrenatural o divina. Los hombres la obedecen o se le resisten, la siguen o la rechazan, pero no la crean.

—*¿No hay, por lo tanto, nadie que crea que los hombres, por sí solos, hayan inventado la ética?*

Pues claro que sí. Esta tercera posibilidad existe. Es radicalmente distinta de las precedentes, porque consiste en decir que, en rigor, ninguna regla, ninguna norma, ninguna ética existe por sí misma, ya sea divina o terrenal. La respuesta, esta vez, es que los seres humanos de cada sociedad, de cada época, de cada cultura fabrican sus normas y sus valores morales.

En realidad, desde esta perspectiva, si llevamos su lógica hasta el final, ni la existencia de la especie humana ni la del mundo tienen sentido. Y nuestros actos tampoco tienen un sentido. En principio, al menos. Únicamente somos nosotros, los seres humanos que vivimos en sociedad, con nuestra preocupación por el prójimo, los que creamos valores en un mundo que carece de ellos. Somos nosotros, y nosotros nada más, los que damos un sentido a una realidad que, en sí misma, carece de sentido.

La idea central, aquí, es que la humanidad elabora un sentido para atribuírselo al mundo. Y sólo forja algunos valores. Desde esta óptica, son la razón y la sensibilidad de los hombres las que inventan la ética, para su supervivencia per-

sonal y su propia serenidad de espíritu. Es decir, ya no se trata de una realidad que encontraríamos en el cielo, o en la tierra, y en la que nosotros no hemos intervenido.

Existen numerosos ejemplos de esta actitud entre los filósofos contemporáneos. Jean-Paul Sartre afirmaba, por ejemplo: «Nosotros decidimos solos y sin excusas». El cielo está vacío, la naturaleza calla, y sólo a nosotros nos incumbe decidir sobre nuestras reglas de actuación. Esta libertad puede parecernos abrumadora, aplastante. Y lo es, efectivamente, pero refleja también el carácter a la vez trágico y grandioso de la condición humana.

Otro ejemplo, Albert Camus. A sus ojos, el mundo y la existencia son radicalmente absurdos, carentes de significados propios. Pero los seres humanos se rebelan frente a este absurdo, igual que frente a la crueldad de su condición, también frente a lo arbitrario de la dominación y de la servidumbre, frente al horror de la violencia, de la imposición de la fuerza. Con esta rebelión se plantea una norma ética. Y el sentimiento que experimentamos al rebelarnos, la conciencia de que «esto no puede seguir más tiempo así», implica una ética.

—*¿Por qué?*

Si nos decimos: «No se puede soportar más tanta violencia, tanta arbitrariedad ya no es po-

sible, tanto sometimiento resulta intolerable», necesariamente lo hacemos en nombre de una idea de la dignidad del hombre, de la libertad del individuo. Por tanto, la rebelión contra la injusticia y la arbitrariedad encierra en sí misma una idea de la dignidad, del bien, de la justicia y, por lo tanto, de la ética.

—*En resumen, encontramos posiciones muy distintas entre los filósofos...*

¡Y aún no has visto nada!

CAPÍTULO 4

Virtudes, deberes o consecuencias

—¿Reflexionar sobre ética es una constante entre los filósofos?

Sí, sin duda. Atención, eso no significa que toda la filosofía se ocupe sólo de la ética. Pero es cierto que esta preocupación se encuentra, en proporciones variables, y con distintas perspectivas, en todas las épocas, en todos los grandes sistemas filosóficos. Por ejemplo, el libro más famoso de Spinoza, un filósofo que vivió en Holanda en el siglo XVIII, se titula simplemente *Ética*. En este famoso texto, Spinoza elaboró un sistema del mundo completo, para explicar cómo vivir la vida de la forma más perfecta posible.

Pero son meditaciones que tienen muchos años a sus espaldas. El griego Zenón de Citio, el fundador del estoicismo, fue el primero que propuso dividir la filosofía en tres partes princi-

pales: física, lógica y ética. Se trataba, en resumen, de saber cómo funciona el mundo de la naturaleza y de los cuerpos (física), cómo se organizan las frases y los razonamientos lógicos (lógica), y cómo se regulan nuestros comportamientos y nuestros actos (ética).

La reflexión ética en la Antigüedad también tiene su origen en la medicina. Y con frecuencia se olvida que los médicos, como Hipócrates de Cos, eran también filósofos, es decir, hombres sabios, y que desempeñaron una función decisiva. Ellos tenían en sus manos la vida y la muerte de sus pacientes. Tuvieron que definir sus deberes, determinar sus reglas para no abusar de la debilidad de los enfermos. También contribuyeron a definir la unidad del género humano, subrayando, por ejemplo, que el «bárbaro» respira exactamente como respira el griego, demostrando así que todos los seres humanos tienen un cuerpo que funciona del mismo modo.

Éste es un punto importante porque actualmente, con la bioética, la reflexión médica y la filosofía vuelven a converger. Y esta vez para resolver temas esenciales para nuestro futuro. Volveremos a hablar de ello, no lo dudes. Por ahora, intentaremos orientarnos entre los filósofos. También en este caso me limito a destacar las líneas fundamentales. Podríamos empezar por la felicidad.

—*¿La felicidad? ¿Y qué pinta aquí?*

¡Está justo en su sitio! Existe un vínculo directo entre la ética y la felicidad. Cuando nos preguntamos cómo comportarnos —en nuestra vida personal, en la vida en sociedad— ¡no estamos pensando en cómo aumentar las desgracias del mundo! Cuando las escuelas filosóficas de la Antigüedad se preguntaban «¿cómo vivir?», evidentemente estaban pensando en «¿cómo vivir felices?».

En todas las cuestiones éticas que se formularon los filósofos de la Antigüedad, la felicidad es una presencia constante en su horizonte. ¿Qué estilo de vida conviene adoptar? ¿Cómo transformar nuestra existencia para conseguirlo? ¿Cómo gobernarnos a nosotros mismos? ¿Cómo controlar las pasiones? ¿Cómo podemos alcanzar la serenidad del sabio? ¿Cómo apaciguar los deseos incontrolados? ¿Cómo serenar las «tempestades del alma»? Estos interrogantes, que atraviesan la filosofía antigua y le confieren en gran medida su armazón, también se refieren a la vida feliz.

El tema principal aquí es que la virtud proporciona la felicidad, algo que Sócrates no dejaba de repetir. Platón explicó que lo propio del hombre virtuoso es vivir en armonía con el universo. Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, trató de comprender en qué se basa la felicidad del ser humano, y qué virtudes contribuyen a hacerla posible en mayor medida.

Los estoicos hicieron de la naturaleza y del autocontrol las formas supremas de la virtud y de la serenidad del sabio que evita definitivamente la infelicidad. Epicuro y sus discípulos, por el contrario, vieron en el placer del cuerpo, un placer moderado por una vida austera, el indicio mismo de la virtud y de la sabiduría que garantizan la felicidad y permiten vivir «como un dios entre los hombres».

Los cínicos, que vivían «como perros» (esto es lo que su nombre significa), renunciaron al confort y a las comodidades de la civilización. También, para encontrar la felicidad, intentaron un retorno a esta forma de vida auténticamente libre y natural, más allá de leyes, de restricciones y de prohibiciones. Los escépticos, por su parte, creyeron que no somos capaces de alcanzar la verdad y dejar en suspenso su juicio. Pero ellos también hicieron de esta suspensión del juicio una forma de virtud que conduce a una vida serena.

El interés por la ética es el fundamento básico de todas estas escuelas filosóficas. Constituye su esqueleto, su armazón, su pilar interno. Y, para ser feliz, la palabra clave es «virtud».

—*¿Qué es exactamente la virtud?*

Se habla de «la virtud» para designar una vida justa, conforme a la ética. El ser humano que vive conforme a la virtud se comporta bien:

cumple sus promesas, no traiciona la confianza que se deposita en él, socorre a los necesitados, no miente, obedece las leyes, etc. Todos estos actos, que son manifestaciones de «la virtud», encarnan «las virtudes», como la franqueza, la solidaridad, la fidelidad.

Se han elaborado numerosos catálogos de virtudes. En ellos se indican los comportamientos opuestos a «los vicios». Las virtudes son «cualidades», los vicios son «defectos». Desde este punto de vista, la ética se concibe desde un ángulo psicológico: para comportarse bien, hay que hacer acopio de virtudes. Nos hacemos «virtuosos» al poseer un número suficiente de cualidades. En todo caso, desde la Antigüedad, la reflexión acerca de las virtudes fue uno de los principales caminos de la ética, que además ha continuado hasta nosotros, puesto que el filósofo francés Vladimir Jankélévitch escribió, en 1947, un *Tratado de las virtudes.*

—¿Qué diferencia hay entre las virtudes y la virtud?

Cuando se habla de las virtudes, en plural, distinguimos aspectos psicológicos y éticos diferentes. La franqueza no es el pudor, la honestidad se diferencia de la fidelidad, la modestia no se confunde con la gratitud. Cuando hablamos de «la virtud», pensamos ante todo en una disposición interior única que permite poseer to-

das esas cualidades. Esta virtud única, que contiene a todas las demás, basta para comportarse bien.

Entre los filósofos griegos y romanos eran varios los que afirmaban que sólo había una virtud. No obstante, con el advenimiento del cristianismo, esta cuestión cobró otra forma. Algunas virtudes antiguas se vieron privilegiadas —como la caridad, la humildad, la piedad— y su significado cambió. Y sobre todo, se atribuyó un lugar capital al amor. Una famosa frase de Agustín, santo y filósofo a la vez, subraya este giro: «Ama y haz lo que quieras», nos dice. El amor puro basta por sí solo para sustituir cualquier forma de ley, sirve como norma ética. Por supuesto, san Agustín se refiere al amor al prójimo que Dios inspira a los seres humanos.

Lo que se pone en cuestión, en esta abolición de la ley moral y de los códigos éticos por el amor, es, en definitiva, la relación del cristianismo con el judaísmo. La aportación esencial de la ética judía es la idea de una ley divina que los hombres deben seguir a cualquier precio. Esta ley se basa, en principio, en los Diez Mandamientos, que Dios transmitió a Moisés en el monte Sinaí. Se trata, como sabemos, de las reglas que señalan cómo debemos comportarnos con los demás: «No matarás», «No robarás», «Honrarás a tu padre y a tu madre», etc.

Esta ética de la ley, que prescribe qué debemos hacer y qué no, puede parecer rígida, excesivamente prolija y restrictiva, además de pesada, como suelen serlo todas las obligaciones jurídicas. Y, sin embargo, de pronto todo esto queda disuelto y sustituido por un solo acto de amor. Es verdad, si amamos a nuestro prójimo no lo mataremos, no lo robaremos y, si amamos a nuestros padres, entonces los respetaremos. El amor sustituiría así a todo el conjunto de reglas.

—*¿Y qué piensas tú?*

Creo que es confiar demasiado en el amor; que es atribuirle una sabiduría y una virtud profundas que no necesariamente tiene. Sin duda, una forma de amor divino, puro e ideal puede corresponder a este modelo. Pero no tiene mucho que ver con el amor humano real, que suele ser impulsivo, apasionado, egoísta, posesivo, acaparador... Y que, en mi opinión, por eso mismo no puede sustituir a la ley.

De hecho, el cambio más importante de perspectiva que introdujo el cristianismo no fue la cuestión de las virtudes, sino la cuestión del mal. Por supuesto, del problema del bien y del mal ya se habían ocupado los filósofos de la Antigüedad, pero con el cristianismo adquirió una nueva dimensión. Y ahora habrá que explicar por qué, si Dios es bueno, permite que exista tanto

mal en el mundo. La ética, que se pregunta por el bien, ¡también debe explicar el mal!

Éste es un tema que ha preocupado a filósofos y a teólogos. También sobre este punto, pese al gran número de libros y de discusiones, las posturas principales no son muchas. O bien se admite un principio del mal (Satán, el ángel rebelde, o un «dios malvado» que se opone a un «dios bondadoso»), o bien se atribuye al ser humano toda la responsabilidad de introducir en el mundo el desorden y el sufrimiento: Dios creó el mundo y al hombre, y el hombre tiene la posibilidad de introducir o no el mal en el mundo. Podemos asimismo, siendo mucho más radicales, negar la existencia del mal.

—*Pero ¿cómo es posible eso?*

¡Es más sencillo de lo que te imaginas! Basta con defender que todos los hechos abominables de los que tenemos noticia nos parecen horribles únicamente a causa de nuestra ignorancia. Porque sólo vemos una parte del cuadro. No sabemos que todo ese sufrimiento que tiene lugar ante nuestros ojos tal vez sea útil de algún modo, tal vez tenga una función secreta. No estamos en condiciones de comprender que lo que parece que son desgracias tiene una función dentro del panorama de conjunto. Y así se consigue disolver, por decirlo de algún modo, la existencia del mal.

—¿Y no son los seres humanos los responsables?

¡Desde luego que lo son! El mal existe realmente, ésa es mi opinión, al contrario de lo que afirman esos filósofos que pretenden hacernos creer que es sólo una apariencia. Y es la falta de humanidad que demuestran algunos hombres hacia otros la causa del mal: las tendencias destructivas, el odio, el placer de causar sufrimiento... Pues es cierto que todo eso existe, al lado de la generosidad y del desinterés, de la solidaridad y de la ayuda mutua.

Acabas de pronunciar, además, una palabra fundamental, que todavía no hemos analizado: «responsables». En el centro de casi todas las reflexiones en torno a la ética aparece, precisamente, la idea de que nosotros creamos nuestras propias acciones, que nosotros somos quienes decidimos hacer esto en lugar de aquello y que, por lo tanto, somos responsables. En toda forma de ética está la noción de la responsabilidad. El bien o el mal que hacemos lo decidimos nosotros.

—¿Y si no sabemos qué está bien y qué está mal? ¿Y si ignoramos qué debemos hacer?

Eso es, según Kant, imposible.

—¿Y cómo es eso? ¿Quién es Kant?

Pues fue, sin duda, el filósofo más importan-

te en la historia de la filosofía moral. Porque él renovó en profundidad el pensamiento en este campo. Vivió en Alemania, en el siglo XVIII, en tiempos de la Revolución francesa. Según afirmaba, en cada uno de nosotros está interiorizada la ley moral, y todos la comprendemos de manera inmediata, no importa la edad que tengamos, ni nuestro nivel de instrucción ni el país donde vivamos.

La ley moral es, para todo ser humano, lo más claro y preciso que puede haber. Nada nos resulta más fácil que saber cuál es nuestro deber: ¡basta con que uno se detenga a pensarlo unos segundos nada más!

—¿Por qué?

Porque el deber reposa sobre una sola cosa: la universalidad de la regla que guía mis actos. Imagínate, por ejemplo, que yo me pregunto si debo o no devolver una cantidad de dinero que alguien me prestó. La respuesta no depende de las circunstancias. La única respuesta es: debo devolver ese dinero. Si pensara que no debo hacerlo, eso querría decir que lo que se presta unas veces debe devolverse y otras no... ¡Y entonces ya no habría préstamos!

Para que mi acto sea moral, es necesario que la regla por la que me rijo pueda transformarse en una regla universal. Si no devuelvo el dinero, no puedo hacer de la regla «no hay que devolver

lo prestado» una regla válida para todos. Conocer lo que debemos hacer resulta bastante fácil, desde la óptica de Kant. Es un asunto de lógica elemental, que cualquiera comprende de inmediato.

No obstante, sí conviene distinguir claramente entre «saber cuál es tu deber» y «cumplir con tu deber». Veo claramente que *debo* devolver el dinero prestado, pero podría ocurrir que yo tenga mil razones, buenas o no tanto, para decidir *no hacer* lo que *debo* hacer. Veo cuál es mi deber, pero decido actuar en otro sentido.

Esta vez ya no es la virtud el punto clave de la reflexión ética, sino el deber. Y ese deber es lo único que se toma en consideración: para ser moral, según Kant, debo realizar mi acto porque es mi deber, por puro respeto a la ley moral. Si yo actuase como es debido por motivos distintos del puro respeto a la ley moral —por temor al castigo, por deseo de labrarme buena fama, o sencillamente por darme el gusto de tener la conciencia tranquila—, ¡eso no sería un acto moral!

—*¡Ahora ya no estamos hablando de ser felices!*

¡Buena observación! Lo has entendido perfectamente. Es cierto que con esta ética del deber, la moralidad y la felicidad están perfectamente disociadas. Incluso podemos imaginar que un acto moral, realizado por puro respeto

del deber, cause desdicha a su autor. Fijémonos en el ejemplo que da Kant: un hombre es conminado por su príncipe a denunciar a un inocente y a dar falso testimonio. Él tiene claro cuál es su deber: no debe dar falso testimonio, pues eso arruinaría la idea misma de testimonio. Además, en ningún caso debe contribuir a que un inocente sea condenado, pues eso destruye la idea misma de justicia.

Aunque el deber está claro, no lo está menos la desdicha que le aguarda. Porque, si optara por desobedecer al príncipe, caería en desgracia, y le esperaría la prisión o la muerte. Su familia y sus hijos también sufrirían las represalias por su negativa. Por el contrario, si nuestro hombre opta por dar falso testimonio, le han prometido en recompensa una gran fortuna de la que los suyos gozarán toda su vida. El secreto está garantizado, nadie lo sabrá nunca... Este hombre, como vemos, tendrá todas las razones del mundo para renunciar a cumplir con su deber. Si actúa moralmente, se labrará su propia desgracia y la de los suyos. Y para asegurarse su supervivencia, o su bienestar, deberá renunciar a su deber.

Este ejemplo es, por supuesto, un caso extremo. ¡No vayamos a creer que la ética, según Kant, engendra necesariamente la desgracia! Estaríamos equivocados. La conclusión correcta es que el acto moral y la felicidad no son la

misma cosa en su filosofía. Cumplir con nuestro deber está al margen del hecho de ser felices o no. Las consecuencias no deben tomarse en consideración para juzgar qué es moral o no.

—*¡Pero las consecuencias de nuestros actos sí son importantes!*

Y lo son hasta el punto que una serie de pensadores contemporáneos decidieron interesarse únicamente en las consecuencias, y convertirlas en el único criterio de juicio en cuestiones de ética. Después de las virtudes y del deber, ésta es la tercera manera de analizar el carácter ético o no de nuestros comportamientos. En esta ocasión no nos ocupamos de las intenciones, ni de las reglas universales. Nos limitamos a observar si las consecuencias de la acción que emprendemos aumentan o disminuyen las posibilidades de felicidad, y para qué número de personas lo hace.

En realidad, este planteamiento descansa en un cálculo, que sigue siendo por fuerza aproximado. Se trata de discernir qué tiene mayores posibilidades de mejorar la vida del mayor número de personas. Una innovación médica, por ejemplo, será útil si permite prolongar la vida de muchos pacientes, o salvar un gran número de vidas humanas. En ese caso, podremos considerarla buena, desde el punto de vista de esta ética que calificamos de utilitarista, aunque la inten-

ción personal de su inventor fuese únicamente hacerse millonario o asegurarse la fama y su carrera profesional.

Aquí se considera, por lo tanto, exclusivamente la utilidad de los actos y de los comportamientos, sus consecuencias prácticas dentro de la sociedad (a esto se le llama utilitarismo, y también «consecuencialismo»). Esta manera de verlo, que se ha desarrollado desde el siglo XVIII, especialmente en el mundo anglosajón, vuelve a unir la ética con el tema de la felicidad. Pero ya no se refiere a la felicidad interior del sabio, a la serenidad de nuestra alma. Aquí se trata más bien de la felicidad material, de los factores de bienestar: todo lo que contribuye a disminuir la pobreza, prolonga la vida, mejora la calidad de los servicios de salud o de los transportes, de las condiciones de vida en general.

Se trata de un cambio de perspectiva importante, porque toma en consideración la dimensión ética de las realidades sociales y económicas...

—¿Podrías dar algún ejemplo?

Existen enfermedades extraordinariamente raras que en la actualidad pueden curarse, se sabe cómo. Pero dado que el número de afectados es pequeño, los tratamientos pueden ser enormemente costosos. Imagínate que para mantener con vida a un niño afectado por una de esas enfermedades raras hay que gastar cada

año un millón de euros. Con la misma cantidad de dinero, es posible curar del todo a otros mil niños afectados por enfermedades igual de graves pero menos raras. ¿Qué hay que hacer?

Desde el punto de vista de Kant, el problema es insoluble. Tenemos el deber de curar idénticamente a cada niño, el deber de salvar a cada persona. Es imposible decirles a los padres del niño afectado por una enfermedad rara: «La supervivencia de su hijo resulta demasiado cara y hemos decidido dejarlo morir, para salvar a los otros». Porque este niño es una persona que tiene el mismo rango que cada uno de los otros niños enfermos. Por el contrario, no podemos decirles a los otros mil niños: «No os vamos a curar porque hemos decidido gastar todo el presupuesto del hospital en un solo niño». Ellos también son personas, y tienen derecho a que se vele por su salud. Desde el punto de vista del deber, este dilema no tiene salida.

Desde el punto de vista utilitarista y consecuencialista, por el contrario, no cabe duda: es ético elegir curar a los niños que pueden ser curados y no ocuparse del niño cuya enfermedad es rara y demasiado costosa. Porque la consecuencia es que mil vidas se salvarán en lugar de una. Una vez más, esto no significa que sea fácil tomar la decisión, ni que sea fácil asumirla.

Además, en muchas situaciones prácticas de la vida cotidiana, la ética no se construye con

tanta facilidad sino que tropieza con vacilaciones, con tensiones, con laberintos en cierto modo. Incluso cuando se ven claramente las líneas directrices y los principios de actuación, no forzosamente se ve, en cada caso particular, la mejor manera de aplicarlos. De este dilema tenemos que hablar ahora.

CAPÍTULO 5

El dilema al aplicar unos principios

—De todo lo dicho se deduciría que es difícil aplicar la ética en nuestra vida cotidiana.

El problema es que, incluso cuando los principios están claros, no siempre resulta fácil cómo tomar decisiones concretas. La ética general, que es de lo que hemos hablado hasta ahora, constituye un esfuerzo por destacar unos principios, por reflexionar sobre unos valores, sobre los fundamentos del bien y del mal, sobre las reglas que han de guiar la acción del hombre. La ética aplicada, de la que vamos a hablar ahora, intenta salvar la brecha que separa los principios generales y los casos concretos. Esta reflexión aplicada es una *casuística*, una palabra antigua cuya etimología viene del latín *casus*, «caso». «Casuística» significa «reflexión sobre los casos». En la práctica, nunca se puede apli-

car una regla general sin tener en consideración las circunstancias particulares.

Porque, en la realidad, no hay ninguna cuestión ética que se plantee de modo general y abstracto. La cuestión atañe siempre a una persona real, con su propio pasado, su estructura psicológica, su edad, su medio social, su nivel de instrucción, su posición económica, la relación que mantiene con sus padres, sus hijos, sus amigos y allegados... En lugar de la aplicación mecánica de una regla, nos encontramos sucesivamente obligados a ajustarnos a un caso particular, en el que hay que tener en cuenta cierto número de variables.

¡Y es ahí, precisamente, cuando empiezan los problemas! Porque vamos descubriendo que la decisión concreta suele ser un rompecabezas. La casuística (el estudio de los casos) debe tener en cuenta la complejidad de las situaciones individuales, pero también la colectividad, los principios generales, las consecuencias de cada decisión. Por eso no resulta fácil.

—Sin embargo, esta dificultad siempre ha existido, ¿no?

Sí, es cierto, tienes toda la razón, siempre ha habido «casos de conciencia», como se los suele llamar, situaciones concretas que comprometen nuestra noción del deber. En estas circunstancias, para decidir lo que vamos a hacer nos

hallamos ante una incertidumbre radical. No sabemos cuál es la solución acertada, ni siquiera la menos mala, precisamente cuando es necesario tomar una decisión. Este dilema suele surgir en los temas de ética aplicada, un campo en el que no hay nada automático, ni está regulado por anticipado, y en el que no se puede decidir de modo tajante.

Una vez más me vas a decir que este tipo de problemas existe desde que los hombres actúan y meditan sobre su modo de actuar. Te responderé que nuestras dudas son ahora más intensas, más numerosas y distintas.

—¿Por qué la situación es hoy más complicada que en otros tiempos?

En la actualidad debemos elaborar un tipo de reflexión ética que las generaciones anteriores no conocieron. ¿Qué hecho especial ha ocurrido para que esto sea así? ¿Por qué, en el siglo XXI, la ética es más importante que nunca, y por razones diferentes? Para poder ofrecer algunas respuestas, hay que tomar en consideración cuatro motivos principales.

1) El primero es la historia del siglo XX. Se perpetraron matanzas sin precedentes en nombre de la construcción del «hombre nuevo». La construcción de la igualdad, la eliminación de la explotación del hombre por el hombre, la creación de un mundo diferente, son valores

generosos. Y, sin embargo, en nombre de dichos valores, el totalitarismo comunista deportó, asesinó, denunció, traicionó y masacró a varios millones de seres humanos. El totalitarismo nazi, por su lado, respondía a valores muy diferentes, como son el dominio de la raza aria sobre el resto de las razas, consideradas inferiores, y la voluntad de borrar del mapa de los vivos al pueblo judío en su conjunto. También en este caso se trataba de construir al «hombre nuevo», y esos valores criminales condujeron al asesinato de seis millones de judíos.

Sin recordar estos hechos es imposible comprender por qué se ha intensificado la reflexión ética en el mundo contemporáneo. Pues esas matanzas, que no tienen equivalente en otras épocas, han permitido constatar que la cultura no era un dique contra la barbarie. El pueblo alemán era un pueblo instruido, educado, cultivado, refinado. Y a pesar de ello un gran número de alemanes se condujo con una total falta de humanidad. Por lo tanto, se descubrió que ni la cultura, ni la educación, ni la ciencia, y mucho menos la industria, la técnica y el desarrollo, constituyen diques capaces de contener la indignidad y el horror.

En consecuencia, después de la segunda guerra mundial, resultaba indispensable devolverle un fundamento a la ética. Había que reconstruir esos diques contra los instintos sanguinarios que

conducen a la abolición de cualquier forma efectiva de moral. Y a partir de 1945 se realizaron diversos intentos en este sentido. Después del juicio a los dirigentes nazis en el que se forjó la noción de «crimen contra la humanidad», el Código de Nuremberg dictó las principales reglas que hay que observar en los experimentos con seres humanos (consentimiento lúcido, interrupción inmediata en caso de peligro, etc.). La creación de la UNESCO, en 1945, abunda en este sentido, ya que esta organización se fijó el objetivo de «construir los baluartes de la paz en la mente de los hombres», y evitar el retorno a la barbarie mediante el conocimiento recíproco de los diferentes pueblos del mundo. En 1948, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre hace, asimismo, hincapié en esta reelaboración ética de las reglas de la vida en común.

—*Supongo que están, además, todos esos nuevos descubrimientos científicos, que obligan a reflexionar sobre sus consecuencias.*

Es cierto. El segundo factor que influye en el renacimiento actual de la ética es la proliferación de aplicaciones de todos los descubrimientos científicos. La extraordinaria potencia de estas nuevas técnicas científicas ha dado lugar a situaciones radicalmente nuevas para la humanidad. Es algo muy evidente en el sector de la

biología y de la medicina, al que volveremos a referirnos. Pero no es éste el único terreno donde se manifiesta el impacto de las ciencias. Pensemos sencillamente en los transportes. Nunca antes los seres humanos se habían encontrado en una situación semejante, con la posibilidad de trasladarse de un punto a otro del globo en menos de un día. Las nuevas posibilidades de desplazamiento, pero también de información, de transmitir instantáneamente mensajes a cualquier lugar del planeta desde donde se te ocurra, forman parte del conjunto de aspectos que están cambiando la condición humana.

A ello se añade, como bien sabes, el riesgo de agotamiento de las energías no renovables, del cambio climático irreversible, de la contaminación del agua, el aire y la tierra. En los siglos anteriores, este tipo de problemas no existía. Ahora sabemos que no podemos seguir comportándonos de manera inconsecuente. Debemos tomar decisiones, optar por aquello que nos parece lo mejor, o lo menos malo, para nosotros y para nuestros descendientes. Estas cuestiones, tan novedosas y que distinguen a nuestra época, encierran una dimensión ética evidente.

¡Y no son las ciencias las que pueden proporcionarnos respuestas! Uno de los cambios fundamentales de nuestra época es, precisamente, el haber tomado conciencia del límite de

las ciencias. Éstas engendran unas situaciones radicalmente nuevas, y aun así no pueden ofrecernos soluciones a los problemas que crean. En los siglos XVIII y XIX, los hombres podían estar convencidos de que todos los avances iban de la mano: si se avanzaba en el conocimiento, se progresaba también en la moral y en la civilización. El desarrollo general de la humanidad caminaba al mismo paso que el avance del conocimiento y el progreso de las técnicas. ¡Desde entonces hemos podido constatar que eso no es verdad! Por lo tanto, la reflexión de carácter ético debe ocuparse de estos problemas, ante todo discerniendo los límites que cabe establecer a la hora de poner en práctica las nuevas tecnologías.

—*¡Y cada día se añaden nuevas técnicas!*

Veo que ya adivinas la tercera razón de esta proliferación de interrogantes éticos: la complejidad creciente de las sociedades contemporáneas. Las cifras del mundo de los negocios —comerciales, financieros e industriales— se han multiplicado en proporciones gigantescas. El deporte se ha convertido a la vez en un espectáculo y en una industria. Los grandes medios de comunicación, con la proliferación de los canales de información, constituyen un pilar esencial de nuestra sociedad. En cada uno de estos terrenos vemos que se realizan esfuerzos

por clarificar las reglas del juego y los modos de comportamiento.

En los últimos años hemos visto que se hablaba de una «ética de los negocios», de una «ética del deporte», y de una «ética de los medios de comunicación». En mi opinión, son términos engañosos, pues la mayoría de veces se trata únicamente de solemnizar lo evidente. En efecto, las reglas básicas son siempre muy sencillas. En el mundo de los negocios es necesario ofrecer una buena información a los clientes, de manera honesta, transparente, con fidelidad a las promesas dadas, respetando las normas jurídicas y comerciales. Pero a la vez, no hay deporte en el que no haya dopaje, trampas, resultados amañados antes del partido, etc. Por último, no habría periodismo si no hubiese honestidad en la información, comprobación de las fuentes, independencia de los periodistas, y una nítida separación entre la información y el comentario.

A mí me parece que se está abusando de la palabra «ética» en estos terrenos, cuando lo único que hacen es recordar unos códigos de buena conducta que no suponen ninguna novedad. Todo eso no es más que deontología, es decir, los principios que necesariamente deben respetarse para que un sector de actividad exista como tal. Si sólo hubiese estafadores y ladrones, no habría mundo de los negocios. Si sólo hubiese tramposos y dopados, dejaría de existir el

mundo del deporte. Si sólo hubiese manipuladores, ¡no habría periodismo! Casi siempre, estas supuestas éticas inventan lo que ya está inventado, con la intención legítima de contener los abusos derivados de la expansión de estos campos de actuación.

En realidad, la multiplicación de «éticas» responde a la inquietud que suscita la influencia que sobre la sociedad actual tienen los negocios, el deporte, los grandes medios de comunicación, y su interdependencia. Existe el riesgo de que estos sectores tan importantes en la sociedad se comporten sin reglas, y que se instale en ellos la corrupción. De ahí la proliferación de discursos, de opiniones y de recomendaciones éticas. En realidad, no sirven de mucho, hay que reconocerlo...

—¿Y crees que sucede lo mismo en el terreno de la biología y de la medicina?

No, porque son terrenos muy específicos. Por primera vez en la historia, en las últimas décadas el hombre puede intervenir en el núcleo mismo de la transmisión de la vida. Hoy, la técnica médica es capaz de transformar la procreación de los seres humanos, y no solamente eso, sino que pronto podrá cambiar algunos caracteres del código genético. Estas posibilidades provocan preguntas vertiginosas que se alejan de la ética médica clásica.

—¿A qué llamas tú la «ética médica clásica»?

Al hecho de que en medicina siempre hay cuestiones éticas que debatir, porque los médicos están sistemáticamente en primera línea, por así decirlo, en las decisiones que afectan a la vida y a la muerte. Y hoy se plantean muchas cuestiones de este tipo, igual que también se planteaban en el pasado. Por ejemplo, imagínate a un hombre mayor, enfermo, ya sin esperanza de vida, y que corre el riesgo de que le queden secuelas graves de un tratamiento muy duro. ¿Hay que asumir el riesgo o no? ¿Es mejor renunciar al tratamiento? Hoy, se trataría de una operación quirúrgica, o de un tratamiento por quimioterapia; ayer, habría sido una sangría u otra cosa. Pero la cuestión, en el fondo, continúa siendo la misma.

No obstante, es verdad que surgen dilemas inéditos y situaciones radicalmente nuevas. La evolución de las técnicas médicas constituye, por sí sola, el último de los motivos —el cuarto— que explican el auge actual de la reflexión ética. Si hoy hablamos de «ética médica», de «bioética», de «biomedicina», es sobre todo porque las posibilidades de intervenir sobre el cuerpo humano han experimentado un desarrollo fantástico. Hoy se practican intervenciones que las generaciones anteriores no podían siquiera imaginar.

Por ejemplo, coger el corazón de una perso-

na que acaba de morir e injertarlo en el pecho a otra persona. Congelar esperma y utilizarlo para fecundar un óvulo al cabo de varios años. Congelar embriones antes de implantarlos en el vientre de una mujer. Fabricar mediante clonación la copia de un animal o de un ser humano a partir de una célula recogida de su cuerpo. Cultivar tejidos u órganos de un individuo para que sirvan como futuras piezas de recambio. Inventar organismos nuevos, híbridos de hombre y de mono, o de hombre y de cerdo.

Como ves, no todas las diferentes posibilidades se sitúan en un mismo plano. Y sobre todo, ¡hay que saber tomar una decisión! No porque algo sea posible, forzosamente hay que llevarlo a cabo. Las cuestiones a debate son, principalmente, las que siguen: ¿qué posibilidades conviene impulsar y defender?, ¿qué posibilidades conviene retrasar, suspender o controlar? y ¿cuáles conviene prohibir? Para responder a estas preguntas, es preciso aclarar otras antes: ¿qué límites fijamos a la intervención humana sobre la materia viva?, ¿quién fija esos límites? y ¿en nombre de qué?

Entramos en los diversos enfoques de las múltiples reflexiones de carácter bioético. Éstas constituyen probablemente el aspecto más fascinante de lo que hoy se debate, y lo más importante, en el terreno de la reflexión ética contemporánea. De hecho, en estos debates se perfi-

lan las opciones que la sociedad plantea. Por eso debemos considerarlos asunto de todos. La bioética es un tema demasiado serio para dejarla exclusivamente en manos de los expertos. Para comprenderlo, vale la pena que ofrezcamos algunos ejemplos.

CAPÍTULO 6

Ejemplos de bioética

—Cuando oigo hablar de clonación, de manipulación genética y ese tipo de cosas, tengo la impresión de que es ciencia-ficción, y no mi propia vida...

¡Pues te equivocas y mucho! Porque hoy, al contrario de lo que tú crees, estos temas nos atañen a todos, y a nuestra vida cotidiana. Si mañana tuvieras un accidente, tal vez necesites un transplante de órganos. Algún miembro de tu familia puede tener problemas de fertilidad y recurrir a la fecundación asistida. Por razones médicas (¡o policíacas!), podría ser necesario realizar un diagnóstico genético. Y si eres de los que controlan su salud, hay muchas posibilidades de que acudas a la medicina predictiva, que te indica los riesgos de desarrollar tal o cual enfermedad en función de tus datos genéticos.

Todas estas técnicas médicas han nacido durante las últimas décadas. Tus abuelos no sabían prácticamente nada de ellas y tus padres empezaron a descubrirlas. Algunas de estas técnicas son solamente proyectos imaginados: el útero artificial, por ejemplo, de existir un día, podría permitir que un feto se desarrollase de principio a fin fuera del vientre de su madre. Por el momento eso nos parece, es cierto, una película de ciencia-ficción. Pero no es imposible. ¿Imaginas cuánto podría cambiar la vida de las mujeres —¡y de los hombres!— si la gestación corriese a cargo de una máquina?

Estas situaciones nuevas —muchas de ellas técnicamente posibles, o que lo serán mañana— no necesariamente se harán realidad, porque, por razones éticas, podemos decidir que no prosperen. Siempre y cuando, está claro, expliquemos los motivos. El objetivo de los debates actuales es alcanzar un acuerdo sobre lo que vamos a permitir que siga adelante y lo que se prohibirá. Para eso, importa por encima de todo sopesar, caso por caso, las razones que podríamos tener para autorizar o no una técnica, considerando los ejemplos concretos vividos por las diferentes personas afectadas. Sin embargo, desde el mismo momento en que se plantea esta reflexión, entramos en la incertidumbre.

—*¿Por qué hablas de incertidumbre?*

Porque, en el campo de la bioética en particular, casi siempre hay «conflictos entre diferentes principios». La expresión puede tener varios significados: puede significar sencillamente que grupos diferentes defiendan principios diferentes. Sus convicciones religiosas, filosóficas o políticas provocan que cada uno tenga sistemas de valores diferentes. Algunos opinarán que tal experimento debe prohibirse, mientras que otros, al contrario, opinarán que debe autorizarse.

En los últimos años, los debates sobre la experimentación con embriones humanos congelados han sacado a la luz esta situación. Te recordaré, en pocas palabras, qué son esos embriones. Al principio, en muchos casos de fecundación médicamente asistida, algunos óvulos fecundados, es decir, embriones humanos en su fase inicial, fueron congelados a la espera de poder implantarlos en el útero de la madre. Dado el elevado nivel de fracasos que se producen en estas operaciones, se tuvo la previsión de guardar más embriones para hacer frente a otros intentos. Y por eso hay de sobra.

¿Qué se puede hacer con los embriones que quedan? Podemos desarrollarlos a fin de obtener tejidos para realizar injertos terapéuticos. O utilizar algunas de sus células para elaborar nuevos tratamientos. Frente a estas alternati-

vas, los hay que quieren prohibir absolutamente toda experimentación con esos embriones, porque consideran que son prácticas contrarias a la dignidad de las personas. Desde su punto de vista, estos embriones, aunque no parecen ser más que un amasijo de células, son ya asimilables a seres humanos. Otros, al contrario, consideran que es perfectamente legítimo utilizar esos embriones con fines terapéuticos o experimentales, pues no consideran que sean personas estrictamente hablando, en la medida en que no han desarrollado un cuerpo propiamente dicho.

De modo que distintas personas tienen planteamientos opuestos sobre las mismas situaciones. En consecuencia, hay más incertidumbre. Y, por lo tanto, conviene establecer algunos compromisos, hallar equilibrios provisionales. Sin embargo, no es éste el único caso de oposición entre principios. Al lado de tales conflictos entre sistemas de valores opuestos, también encontramos conflictos entre los propios principios.

—¿Entre los propios principios? ¿Qué quiere decir eso?

La ética aplicada no solamente divide a la sociedad, a los diferentes sectores que poseen valores y puntos de vista distintos. También divide a los propios individuos, cuando se encuentran ante la necesidad de jerarquizar los principios y de tomar una decisión precisa en un caso

concreto. El rasgo característico de la reflexión ética contemporánea muchas veces es la tensión. Vamos a hablar de estas tensiones que, por fuerza, se dan cuando no hay una solución que se imponga de modo absoluto, como indiscutible evidencia.

Sin embargo, la realidad no espera. Hay que decir «sí» o «no» a alguien que pide un tratamiento, que aguarda una decisión. La discusión permanece abierta, pero la decisión no está clara. Y esa decisión no será perfecta. Hay que asumirlo. Lo que descubrimos en el campo de la ética aplicada, con independencia de la diversidad de las discusiones y la importancia de los debates, es también que hemos de tomar nuestras decisiones en soledad.

Ya te he hablado, como recordarás, de la frase de Sartre: «Nosotros decidimos solos y sin excusas». ¿Qué significa? Sin una ley divina que nos haya sido transmitida ni un código moral heredado, estamos solos, carecemos de un escudo tras el que escondernos. No tenemos excusas, estamos solos en el ejercicio soberano de nuestra libertad. Creo que esta descripción define perfectamente la situación de la ética contemporánea.

Pero en medio de esta soledad y de esta incertidumbre, hay que informarse, hay que abrir debates, no hay que dejar los asuntos fundamentales en manos de los expertos ni creer que

sólo les atañe a ellos. En nuestra sociedad se están planteando debates éticos de gran calado.

—¿Por ejemplo?

Ya he hablado de la cuestión de los embriones y de la utilización de los embriones sobrantes. Otro ejemplo es la clonación humana. Desde que nació la oveja *Dol y*, en 1997, el primer mamífero gestado con esta técnica, la clonación se ha convertido en tema de numerosos debates. Para comprender el sentido de las discusiones, y de algunas decisiones ya tomadas respecto a la clonación humana, hay que recordar en primer lugar la distinción capital entre la clonación reproductiva (donde se trataría de reproducir un organismo humano completo, llevando a buen término el desarrollo de un embrión obtenido mediante clonación) y la clonación terapéutica (donde se trata de limitar la utilización de un embrión obtenido por clonación para producir células que permitan cultivar tejidos útiles para reparar el organismo).

La clonación reproductiva está prohibida. Es probable que un día se ponga en práctica, pero quienes fabriquen el primer ser humano clonado estarán fuera de la ley, y soportarán duras penas. ¿Qué motivo hay para prohibirla desde un punto de vista ético? No es solamente el principio de precaución, debido a los sufrimientos posibles vinculados a la incertidumbre

de los resultados y a la imperfección de las técnicas.

Lo fundamental es que la clonación reproductiva ha sido considerada una instrumentalización inaceptable del ser vivo futuro, que deriva de la clonación misma. En la reproducción habitual, sea natural o asistida médicamente, se combinan dos códigos genéticos, los del padre y los de la madre, y dan un resultado rigurosamente imprevisible. Un individuo es, en cierto modo, siempre fruto del azar, el resultado único de una lotería genética que, con los mismos padres, puede dar un número incontable de combinaciones distintas.

Con la clonación, sucede algo muy distinto, pues se trata de una «reproducción de lo idéntico», la duplicación de un individuo. El «clonado» tendría el mismo código genético que el «clonador», la copia sería idéntica al modelo. Aunque no necesariamente en todos los detalles de su organismo. ¡Y todavía menos en su conciencia y en sus pensamientos! Un ser humano clonado, pese a todos los fantasmas que circulan, sería una persona en su totalidad, con su propia biografía y su autonomía.

Lo que se ha impedido al prohibir la clonación humana reproductiva es que los humanos se embarquen en una aventura con consecuencias desconocidas. Porque los vínculos de parentesco, de filiación, de sucesión de las genera-

ciones quedarían profundamente alterados al dar vía libre a esta reproducción no sexuada, sin precedentes en toda la historia de la humanidad.

—*¿Y para la clonación terapéutica?*

Los debates continúan. Se trata de un caso muy distinto, pues el objetivo que se persigue es curar, y el desarrollo de los embriones debe mantenerse dentro de un límite. No obstante, las opiniones divergen según los países, las legislaciones y las convicciones personales. Algunos consideran que la clonación es legítima y que hay que autorizarla, dentro de unos límites, por supuesto, fijados por unas leyes que prevean sanciones ante abusos o extravíos. Otros, por el contrario, creen que supone un ataque al carácter sagrado de la persona y a la dignidad del hombre.

En torno a esta cuestión y de algunas otras —como la gestación para otros (el problema de las llamadas «madres de alquiler» o «madres sustitutas»), el derecho a morir de los pacientes incurables que lo solicitan, o a la donación de órganos—, es necesario que haya más información y más debates. Los comités de ética realizan un importante trabajo en este sentido; se han multiplicado alrededor del mundo desde que se fundó en Francia el primero, en 1984. Estos comités se enfrentan a los nuevos problemas, que surgen en el ámbito de la medicina, y tienen en

cuenta las diferentes sensibilidades éticas que se expresan en el seno de la sociedad, y se esfuerzan por ofrecer soluciones que sean a la vez respetuosas con las personas y con los principios, y aceptables para todos.

Sin embargo, este trabajo, aunque considerable, debe ser reasumido y amplificado por el debate público.

—¡Pero son cuestiones para especialistas! ¡Son discusiones demasiado técnicas, demasiado especializadas!

Yo no lo creo. Son decisiones que nos afectan a todos, que conciernen a nuestros hijos y al mundo en el que deseamos vivir. En una democracia, la tarea de los expertos consiste en explicar cuáles son las opciones y sus diferentes consecuencias, pero al pueblo le conviene decidir. No todo el mundo es genetista, biólogo, médico, jurista o filósofo. Pero todo el mundo debe poder comprender cuáles son las opciones que se ofrecen en nuestras sociedades, los retos de la bioética, y el fondo del debate en estas cuestiones aparentemente técnicas.

—Y, en definitiva, ¿cómo ves tú las alternativas que se ofrecen?

Me parece que hoy se oponen dos grandes actitudes, dos polos que entran en tensión constante. Uno de estos polos lleva a defender prin-

cipios, a mantener unas normas, a subrayar los límites indispensables contra el poder de la técnica, a definir unos límites estrictos a la intervención del hombre sobre la materia viva. En nombre de la ética, esta actitud se inclina más por las prohibiciones y las restricciones que por los nuevos experimentos e innovaciones.

El otro polo, por el contrario, desea que la ley evolucione, quiere que se adapte y que permita posibilidades inéditas. A la hora de aplicar los nuevos avances biotecnológicos, esta actitud prima la satisfacción del deseo personal de los individuos, en línea con la evolución de las costumbres (parejas homosexuales, edad límite de procreación, por ejemplo). Se supone que de todo ello surgirán nuevas formas de felicidad que darán satisfacción a estas demandas de los individuos.

Entre estos dos polos, que yo describo de manera muy esquemática, me parece que puedes, como cualquier persona, elegir lo que más te conviene o te guste más. Sin embargo, en mi opinión, no se trata tanto de elegir como de tomar en cuenta su existencia permanente, en la sociedad, sí, pero también en cada uno de nosotros.

Porque estos dos polos no representan sencillamente unas categorías ideológicas y políticas perfectamente marcadas —«conservador o progresista», «orden o movimiento», «tradición o modernidad», etc. En mi opinión, sería nefasto

creer que basta con darle la razón a unos y negársela a los otros, proclamar la victoria de un punto de vista sobre el punto de vista adverso, para que las cuestiones estén reguladas y dar por cerrados los debates.

Al contrario, hay que recordar que esos debates son, por definición, inacabables (incluso cuando, necesariamente, tienen que ser objeto de decisiones por mayoría, de compromisos, de protocolos definitivos o sólo provisionales). En resumen, me parece profundamente necesario reconocer los derechos, tanto en la reflexión como en la práctica, de cada uno de estos dos polos. Es preciso intentar pensarlos en conjunto, considerando la complejidad de sus interacciones. Y esto ha de ser así porque en los debates sobre bioética es necesario comprender que debe haber, a la vez, límites e innovaciones, prohibiciones y transgresiones. Así, considerada desde una óptica de permanente incertidumbre, la ética está en su sitio, en constante cambio y en pleno renacimiento.

CONCLUSIÓN

Entre mutación y renacimiento

La ética ha sido un tema vivo a través de los siglos, ha cambiado sus enfoques, aunque sin llegar a desaparecer nunca. En los siglos XIX y XX, pudimos creer que estaba moribunda, e incluso que había desaparecido. No solamente debido a los acontecimientos de la historia política, sino también por las críticas radicales que se le hicieron. Nietzsche miró debajo de las alfombras como ningún otro filósofo lo ha hecho. Él entró en las cocinas donde se fabrican los ideales, y descubrió allí trucos y astucias poco recomendables.

Según él, nunca hay que tomarse los valores al pie de la letra. Detrás de las virtudes, hay que buscar qué apetitos feroces se ocultan. En la justicia puede estar el deseo de venganza y el placer de causar sufrimiento. En la igualdad,

el desquite de los incapaces. En la fraternidad, el resentimiento. Ningún pensador, sin duda, ha sometido la ética a una crítica más dura. Ningún filósofo ha intentado denunciar las hipocresías y las falsas apariencias con tanta agresividad.

Este cuestionamiento radical desemboca, en la obra de Nietzsche, en una novedosa forma de aceptación de la existencia en su integridad, caracterizada por una alegría propia de los artistas y una sabiduría trágica. Sin embargo, el curso de la historia tomó otra dirección. Sí, porque este pensamiento vitalista fue utilizado —precisamente en sentido contrario— por criminales, con fines inhumanos. Los nazis convirtieron a este filósofo, que a su modo era un moralista, en un arma de destrucción y de muerte.

Me parece que no es casualidad que, después del Holocausto, la renovación en profundidad de la ética sea obra de un judío, Emmanuel Lévinas. Este filósofo afirmó que la sola presencia del rostro del otro es, para cada uno de nosotros, una exigencia y una interpelación. Antes de la preocupación por nosotros mismos, que todos sentimos legítimamente, la ética nos invita a preocuparnos de los otros y exige que nos comportemos de forma responsable con ellos.

Las formas concretas que adopte la ética pueden ser infinitamente diversas. Todas se derivan de esa brecha, imposible de cerrar, que separa a unos seres humanos de otros. La pre-

sencia del que no es como nosotros, la hospitalidad, el respeto a lo que no comprendo, la receptividad a lo que no espero, la incertidumbre, la diferencia. Lo desconocido habita entre nosotros, siempre. Esta preocupación por los otros, que se llama ética, es siempre el interés por lo otro.